

diplomática tranquilizadora, protestando pacíficas intenciones, aunque conviniendo siempre en que la opinión pública veía con desconfianza la intervención francesa en México; pero creía el Presidente poder asegurar, que conseguiría seguir dominando la corriente y resistir á ciegos impulsos. Solamente el rumor del licenciamiento de una parte del ejército de Texas, hizo subir el valor de los bonos del primer empréstito del Imperio.

El ministro mexicano residente en Washington, solicitó por medio del ministro M. Seward, permiso del gobierno norteamericano para abrir un empréstito, comprar armas y poderlas exportar para donde se juzgara conveniente. Manifestó el Sr. Romero, que el gobierno mexicano había estado esperando con ansiedad el término de la guerra civil de los Estados Unidos, estando ligado el triunfo de éstos con el de México, así como la derrota habría hecho más difícil la situación del gobierno republicano que presidía el Sr. Juárez.

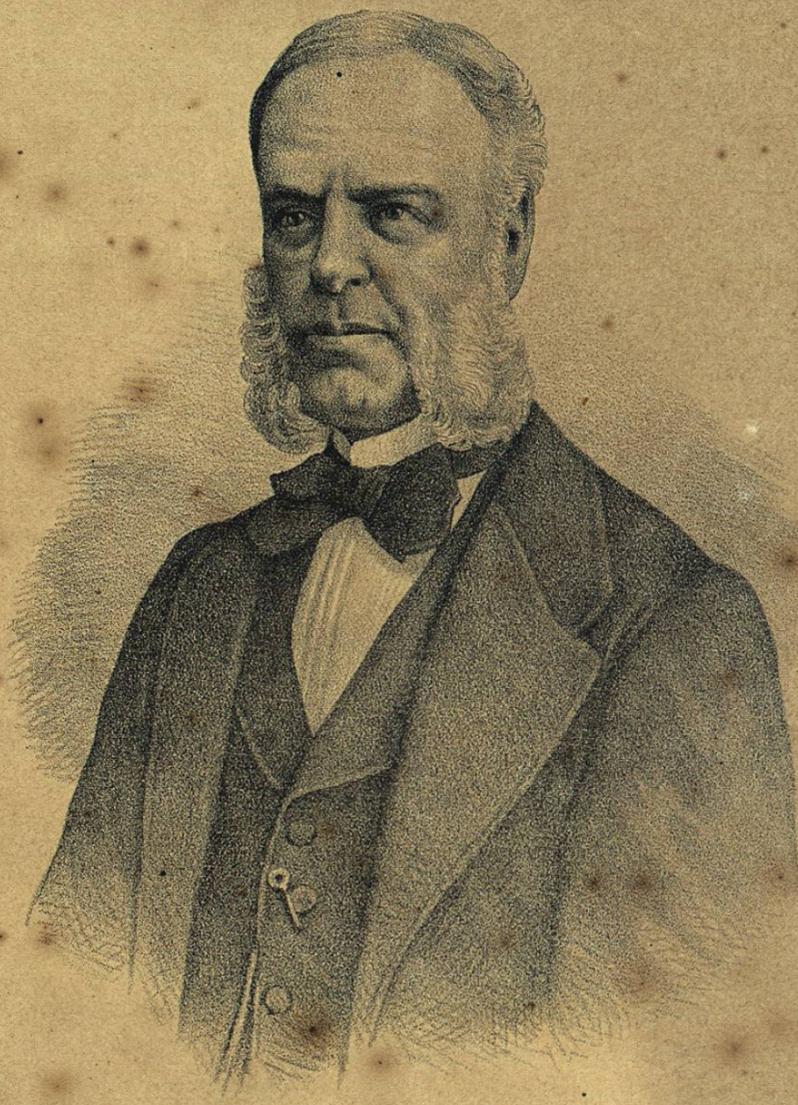
Habíase creído por los republicanos de México, que una vez terminada la guerra en los Estados Unidos, su gobierno tendría que seguir uno de dos caminos: ó disponer que los franceses se retirasen desde luego de México, ó seguir la política de neutralidad observada hasta entonces, mientras se consolidaba la paz en los Estados del Sur.

En concepto de que se siguiese esta segunda marcha política, el Sr. Romero hizo notar al gobierno de Washington, que el pueblo mexicano estaba desarmado y sin recursos, y que si se consentía la extracción de armas para importarlas á México, y si el mismo gobierno permitía realizar un empréstito mexicano, podría terminarse en pocos meses la guerra que Napoleón había traído al territorio mexicano.

Fundábase la petición del Sr. Romero, en la identidad de intereses entre México y los Estados Unidos, respecto de la cuestión con Francia, y en la unanimidad de opinión que manifestaba el pueblo norte-americano acerca de las simpatías por la causa republicana en México.

M. Seward contestó: que ninguna ley prohibía la exportación de armas ó dinero de los Estados Unidos para México; pero que nunca debía entenderse que el gobierno infringía la neutralidad que en todas circunstancias había observado, y que solamente al congreso pertenecía la facultad constitucional de declarar la guerra.

Las probabilidades de que estallara entre los Estados Unidos y Francia, originaba los más alarmantes rumores; algunos afirmaban en Agosto (1865) que ya se había recibido la orden para la retirada del ejército francés; otros aseguraban que los austriacos empacaban en el palacio de Chapultepec todos sus efectos para marcharse, pretestando que la princesa Carlota había resuelto ir á Bruselas para asuntos de familia y ver morir á su padre, entonces ya moribundo. Esa tirantez de la situación se reflejó en «*L'Estafette*,» órgano reconocido de Bazaine, al proclamar en un editorial, que el Imperio de Maximiliano era insostenible y que no quedaba á México otra alternativa, que elegir entre el protectorado francés ó la



D. Juan Jiménez de Sandoval

MARQUÉS DE LA RIVERA.

ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE ESPAÑA
CERCA DEL EMPERADOR MAXIMILIANO.

Fue recibido oficialmente el 8 de Marzo de 1865, esto es, ocho meses después de haber tomado posesión del trono el Monarca. El Señor Marqués de la Rivera había estado ya en México el año de 1853, en calidad de representante de su patria, para tratar el asunto de la deuda española, sin que le fuera dado obtener ningún arreglo. España mostró desvío respecto al Imperio levantado en México por la Intervención francesa. Cuando Maximiliano cayó prisionero en Querétaro, algunos representantes de gobiernos europeos en México, acudieron en favor del vencido, aunque sin carácter oficial en el campo republicano; el representante de España no siguió la misma conducta y consideró conveniente abstenerse.

absorción por los Estados Unidos, declaración que acabó de predisponer á Maximiliano con el jefe del cuerpo expedicionario francés, y aumentó las dificultades invencibles que cada día se agrandaban.

Ya era un hecho público el rompimiento de relaciones entre Maximiliano y la corte pontificia, que resueltamente se negaba á recibir la comisión que fué á dar explicaciones de los motivos que habían obligado á Maximiliano á aceptar los principios reformistas, y llegaba el disgusto de aquella corte á tal grado, que no logró el comisionado Velázquez de León, que en el santo de Maximiliano pudiera celebrarse en una de las iglesias de Roma un *Te Deum*.

Manifestábase hondamente impresionado el partido clerical mexicano, verdadero autor de la venida de Maximiliano á México, con la esperanza de que su primer paso habría sido destruir aquí la obra de los últimos gobiernos liberales desde el año de 1856.

Crecieron las congojas de Maximiliano, al saber que también en París fracasaron los esfuerzos de su principal consejero y jefe de su gabinete Mr. Eloin, quien solicitaba del Emperador de los franceses, el compromiso de seguirle proporcionando auxilios de tropa y dinero para conjurar la tormenta que ya tenía encima el Imperio mexicano, ó que lograrse el reconocimiento de este por parte de los Estados Unidos. Nada satisfactorio pudo obtener Eloin según él mismo informó á Maximiliano, quien antes de concluir el año de 1865, estaba en una situación que se podía calificar de desesperada. Al pensar en la abdicación, se le presentaba desde luego el papel que haría en Europa, después que su hermano el Emperador de Austria se negaba á devolverle los derechos de agnado, y á rescindir el convenio firmado en Miramar por sugerencias de Napoleón III. ¡Qué pensamientos tan tristes cruzarían por la mente de Maximiliano! veía desmoronarse el Imperio de México, y sentía la nulidad á que quedaría reducido si regresaba á Europa. De poco valor eran las negativas que acerca de todo lo que pasaba formulaba en México el *Diario Oficial del Imperio*, y aunque no faltaban quienes lo creyeran, esto en nada cambiaba la realidad de los hechos y la inflexible y desesperante marcha de todo lo que rodeaba á Maximiliano, para llegar á una catástrofe. Teniendo de enemigos declarados á los Estados Unidos y á Roma, y sin el apoyo de las cortes de París y de Viena; faltándole el auxilio de los conservadores mexicanos que él había retirado y habiendo fracasado en su proyecto de atraerse al partido liberal mexicano, ¿cuál era el porvenir del Príncipe que, en su afán por realizar una grande obra y por halagar su ambición de mando, había olvidado el origen de su trono y gastado los resortes que aun cuando fuese por poco tiempo, podía tocar para sostenerse?
